

Fragmentos de un mañana que ya llega

Cuba vive un momento excepcional de su historia. Aquellos que se acerquen a nuestro presente nacional podrán descubrir en la cartografía vital de la Isla un universo amplio de desafíos, donde lo político y lo cultural se entremezclan de manera irremediable. El ascenso de las nuevas generaciones -con modos diversos de experimentar la convivencia social-, los vínculos que hemos establecido con la nación norteamericana producto de las distintas oleadas de cubanos emigrados y el hecho natural de la sucesión política en la conducción de los destinos del país, nos coloca cara a cara con preguntas que indagan sobre el futuro, sobre el proyecto de nación que debemos construir.

Por TOMÁS ELIO GRANDE

- Jorge Mañach en su ensayo *La crisis de la alta cultura* afirmó que nuestro país era un “conato de patria sin nación”. Esto fue escrito por el pensador cubano en 1925. Más de 80 años después de tal afirmación, y teniendo presente los grandes acontecimientos que ha vivido la Isla desde entonces, ¿crees que existe actualmente en Cuba una identidad nacional sólida y una conciencia colectiva suficiente para sostener el proyecto de nación?

El asunto de la identidad cubana (esas tradiciones que nos definen y hacen al país diferente del resto) y de la conciencia colectiva (ese conjunto de ideales, de aspiraciones, que subyace en la cultura común, identifica y encauza el acontecer social), es un tema importante y delicado de la actual agenda nacional, pues para nadie es un secreto que ambas padecen de cierta debilidad que afecta, por supuesto, el acontecer presente y las perspectivas futuras.

Toda nación necesita de una aspiración ideal colectiva que, a pesar del dinamismo que ha de caracterizarla, se sustente sobre tradiciones enraizadas. Esta realidad es imprescindible para lograr un ciudadano que ame la sociedad donde nace y vive, y se comprometa con el progreso y con el cuidado espiritual y material de la misma.

Es un asunto de suma importancia. Fíjate si es importante que, en mi opinión, fue decisivo para el triunfo de George W. Bush sobre Jonh Kerry en las pasadas elecciones presidenciales de 2004 en Estados Unidos. Bush -evidentemente un mal político que ya había dañado a su país- le gana a Kerry -una persona más inteligente y dispuesta a encauzar de nuevo a la nación norteamericana por senderos más sabios-, simplemente porque el discurso de este último dañaba la conciencia colectiva de ese país, al pretender modificar, por ejemplo, el rol de los géneros y el ideario de familia.

El pueblo norteamericano prefirió postergar la reconstrucción de su lugar en el mundo antes de poner en peligro los fundamentos del acervo ético-espiritual de la cultura.

En Cuba esto, lamentablemente, se ha dañado. No existe actualmente una aspiración ideal colectiva consistente, pues han faltado los espacios sociales, económicos, culturales y políticos, imprescindibles para que, a partir de la creación diversa de todo el universo de cubanos, se genere y encauce un conjunto de alicientes comunes, capaz de enamorar y cohesionar a la generalidad en función del acontecer nacional. No obstante, a pesar del señalado debilitamiento de la consolidación de la conciencia colectiva durante estas últimas décadas, es bueno señalar que en ese mismo periodo se ha incorporado al imaginario nacional todo un conjunto de aspiraciones en torno a la igualdad y a la subsidiaridad que, integrado a otros ideales también fundamentales, podrán contribuir

mucho al desarrollo y al equilibrio humano de la nación cubana.

Todo esto, debo aclarar, es mucho más delicado porque tampoco disfrutamos en la medida suficiente del pilar que ofrece la experiencia histórica y las tradiciones nacionales. En 1959 comenzó un proceso que se propuso un país nuevo, distinto al anterior, con un hombre nuevo, enraizado no tanto en aspectos históricos como en utopías por construir y en valores ideales.

Por tal motivo se deslegitimaron muchas tradiciones y se utilizó la historia únicamente para intentar explicar el advenimiento de esa sociedad distinta, de ese hombre nuevo, que debían tener poco en común con la comunidad nacional que hacia más de dos siglos construía la historia de Cuba.

No obstante, debo precisar que actualmente un grupo extenso de académicos cubanos, tanto de la Isla (con la venia de muchas autoridades políticas y culturales) como de la diáspora, intenta subsanar esta carencia con la realización de una obra meritoria que demanda ser publicitada de manera amplia e intensa.

- ¿Las utopías por construir y los valores ideales propuestos a partir del 1959, a pesar de tomar cierta distancia de la historia y de las tradiciones, han logrado implicar y cohesionar a la generalidad de los cubanos en función del acontecer nacional? ¿Cómo percibes la actitud de las nuevas generaciones en ese sentido?

Opino que en sus inicios lograron enamorar y cohesionar a la generalidad de los cubanos.

No obstante, esa realidad fue cambiando, en la medida en que las personas fueron percibiendo que el proyecto (tal vez ideal) en la práctica restringe elementos de la subjetividad humana y no logra satisfacer las demandas naturales para alcanzar una sociedad próspera.

Esto se acentuó, sobre todo, desde el colapso del campo socialista,

cuando cesó el subsidio económico y simultáneamente se debilitaron los paradigmas establecidos.

Sin embargo, tal vez un número amplísimo de cubanos, entre ellos muchos inconformes con el proyecto que gobierna, conserva cierto anclaje en relación con las utopías y los valores que propuso la Revolución a partir de 1959. Incluso, esta realidad (si fuera una apreciación cierta) es en mi opinión lo que aún ata a muchos desencantados al sistema que cuestionan pero no deslegitiman de manera directa y absoluta.

Se sienten frustrados ante ciertas restricciones a la subjetividad humana y por la dificultad para prosperar, pero hubieran anhelado que aquella utopía fuera realizada y le conceden al gobierno, en unos casos consciente y en otros inconscientemente, la posibilidad de replantearse el proyecto y refundar el modelo socio-político. Hablo de algunos sectores descontentos, pero no de todo el universo de insatisfechos, pues no faltan quienes no confían para nada en la viabilidad de esta opción.

En el caso de las nuevas generaciones la cuestión es distinta. Existe una distancia mucho mayor entre sus anhelos y lo que es o fue la Revolución -aunque muchas veces parece que la divulgación oficial intenta dar una imagen diferente-. Esto quizá pueda subsanarse únicamente si la Revolución logra la capacidad suficiente para renovarse constantemente, así como para expresar y dar curso al imaginario de estas generaciones, tan distantes de quienes un día hicieron la Revolución y han decidido conservarla fondeada en sus referentes, ansias e intereses.

- A estas alturas ¿es posible replantearse el proyecto y refundar el sistema?

Pudiera ser. Sobre todo si en realidad este fuera el anhelo de la mayoría de los cubanos.

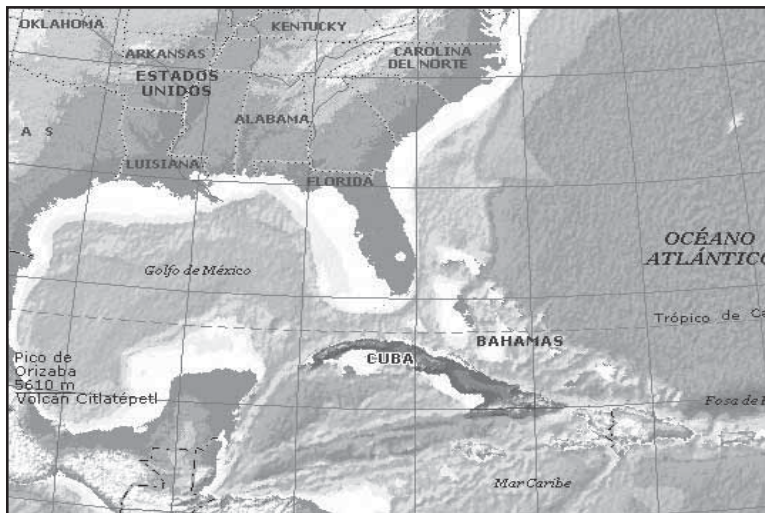
Sin embargo, pienso que de plantearse esta posibilidad será necesario tener en cuenta no sólo las utopías y los valores ideales. Será imprescindible facilitar la gestación colectiva de una aspiración común, que si es consecuente con el anhelo de sostener la utopía propuesta por la Revolución, de seguro tendrá mucho que ver con ella, pero a su vez será algo más afín a las aspiraciones de los cubanos, más realista y sobre todo más posible.

Para esto será obligatorio consolidar la iniciativa social, económica, cultural y política de los ciudadanos cubanos.

Pero también se hará forzoso desencadenar un proceso nacional de recuperación de la memoria histórica, con el propósito de facilitar la apropiación de la experiencia nacional, así como los referentes que ofrece el quehacer fundante de varias generaciones de cubanos.



Agosto de 1994. Éxodo masivo hacia Estados Unidos.



Se trata de aprender de nuestra historia, de aprovechar la experiencia histórica, de intentar retomar ese proyecto de nación que se venía soñando y gestando desde el siglo XIX. Sin embargo, solamente hemos de tomar de ellos hasta donde sea posible, o sea, hasta donde tengamos en común con aquellas generaciones las que hoy convivimos en el panorama nacional.

La vida, y por tanto la cultura, es muy dinámica. Y los accidentes de nuestra historia han impuesto a nuestra cultura una dinámica muy convulsa que en gran medida puede distanciarnos de aquellos sueños del siglo XIX, y hasta de los del XX.

Pienso que las actuales generaciones son de alguna manera el resultado de otro tiempo. Pero además, después de haber sufrido un proceso casi de corte con las tradiciones.

Evidentemente, somos la misma nación y estamos articulados —aquellas generaciones y estas— por elementos culturales comunes. No obstante, es innegable, la distancia histórica y la dinámica cultural nos hace algo diferentes; y la cisura programada a partir de 1959 nos aleja mucho más de lo normal y de lo conveniente.

- ¿Está capacitada la clase política cubana para semejante tarea? ¿Qué actores sociales dentro de Cuba podrían contribuir en este empeño?

La clase política cubana posee una buena formación profesional y cierta experiencia en el manejo de la política. Tal vez puede aventajar en muchos aspectos a la clase política de cualquier otra nación. Sin embargo, las circunstancias históricas la han reducido a un quehacer y a una metodología, capaz de privarla de la experiencia de una dinámica diversa, amplia y creadora que será imprescindible para emprender semejante tarea. No obstante, pienso que está capacitada para adquirir con mucha facilidad esas habilidades, sólo necesita comenzar a vivir dichas prácticas.

En cuanto a los otros actores que en Cuba podrían contribuir en este empeño, pienso que la generalidad. El pueblo cubano posee la formación y las actitudes necesarias para formular sus inquietudes, proyectar y crear el país en el cual desean vivir. Pudiera haber un sector que vive enajenado, integrado por cubanos de todas las generaciones hoy presentes, con escasa capacidad para participar, pero ese fragmento no es la mayoría. La cuestión principal sería la existencia de las garantías para dicho desempeño, así como de la posibilidad para advertir que son realmente tenidos en cuenta. Por otro lado, en tal gestión deberían asumir mucha responsabilidad los cubanos profesionales de ámbitos muy relacionados con el funcio-

namiento social, como por ejemplo: economistas, sociólogos, juristas.

- ¿Qué sectores de la diáspora ya articulados podrían tener un peso en un sentido o en otro?

Es necesario empezar por decir que para contribuir, con algún peso real, en un proceso de consolidación de la conciencia colectiva cubana se hace imprescindible dos cosas: asumir una responsabilidad para con lo nacional que se sustente en una libertad-ética sólida (para garantizar el ejercicio de la iniciativa diversa y la consecución del bien), así como imponerse la construcción de redes de comunión —por encima de particularidades políticas y de todo tipo de prejuicios— (con el objetivo de afianzar lo común).

En tal sentido, sería forzoso analizar en qué medida los sectores existentes en la diáspora se acercan o se alejan de una dinámica como esta.

Existe, por ejemplo, un sector que ha colocado todo lo común a merced de pasiones políticas que, si bien pueden gozar de ciertas justificaciones, son desordenadas e incapaces de generar el clima necesario para marchar juntos hacia una consolidación mayor de lo nacional.

Este sector ha encontrado expresión por medio de una red de medios de comunicación en Florida, tal vez no articulados orgánicamente pero sí armónicos políticamente. Igualmente ha encontrado expresión a través del Consejo por la Libertad de Cuba, una entidad que surge al dividirse la Fundación Nacional Cubano Americana, y enarbola un quehacer sustentado en el odio al Estado cubano y en el castigo al pueblo de la Isla por no haber derrocado al mismo.

La Fundación Nacional Cubano Americana desde hace algún tiempo ha pasado a representar a sectores más moderados que, aún cuando discrepan de la política del gobierno cubano, están dispuestos a promover ciertos vínculos entre la familia

cubana. Ha sido muy interesante observar cómo en la medida en que se dio el traspaso generacional en el seno de esta organización hubo un corrimiento hacia posiciones diferentes.

Igualmente, en esta tesitura se encuentran algunos empresarios cubanos de la diáspora. Es el caso, por ejemplo, de Carlos Saladrigas, uno de los cubanos más prosperos del exilio, quien desarrolló una gestión en pos del acercamiento y el encuentro entre los nacionales, tomando distancia de los radicales del sur de Florida. Saladrigas lleva ya varios años empeñado en constituir un “gran centro” en el exilio cubano; es una figura muy respetada entre los intelectuales, y en algunos circuitos de la diplomacia internacional.

Según algunos estudiosos, los moderados constituyen la generalidad de la diáspora cubana. La inmensa mayoría, sostienen, desean acrecentar las relaciones con los cubanos de la Isla, así como un ajuste cuidadoso y gradual capaz de unir definitivamente a todos los nacionales.

Todo este conjunto de criterios acerca de la cuestión cubana, por parte de cubanos en la diáspora, también encuentra expresión por medio de la faena intelectual de una amplia pléyade de nacionales residentes en el extranjero. En ellos existe el consenso de que es obligatorio crear puentes entre cubanos, así como ejercer la responsabilidad crítica del intelectual. Sin embargo, unos se inclinan a reforzar la creación de puentes, mientras también ejercen la crítica. Tales son los casos de los profesores Jorge Ignacio Domínguez y Carmelo Mesa-Lago, por ejemplo. Otros reconocen la necesidad de construir puentes, pero se esmeran en la crítica descuidando muchas veces lo anterior, como por ejemplo: los intelectuales que suelen girar alrededor de la revista Encuentro de la cultura cubana. Este es el gran problema de la cuestión cubana -al menos en relación con la diáspo-

ra-, que al parecer existe el deseo mayoritario de acrecentar las relaciones con los cubanos de la Isla, así como un ajuste cuidadoso y gradual capaz de unir definitivamente a todos los nacionales, pero ha faltado la capacidad para integrar un sentir, un pensar y un actuar consecuentes con ese anhelo. Muchos desean las relaciones, así como un arreglo cuidadoso y progresivo de la realidad cubana, pero no tienden puentes y sienten suspicacias -y hasta repugnancias- con todo sentir, pensar y actuar que se encamine (con inteligencia, cuidado y bondad) hacia la comunión y hacia la redención de lo cubano.

Será imposible lograr esta comunión y redención sin tener el respeto debido a los que hoy gobiernan y a la ciudadanía que los apoya (que aún puede ser significativa). Será imposible lograr dicha comunión y redención sin tenderle puentes a este amplio sector de la nación. Por otro lado, tampoco será posible si este

**Si el Estado no acoge
y aprovecha el
resultado del
dinamismo de los
diversos actores que
se movilizan en
función del
fortalecimiento de
la nación, de su
conciencia colectiva,
y garantiza los
espacios para
ensanchar ese
quehacer, todo
esfuerzo podría
resultar en vano,
y entonces estaríamos ante un posible
descalabro nacional.**

último no se integra a una dinámica del reconocimiento, del acercamiento y del encuentro con el cubano adverso.

- Entre esos actores de la diáspora cubana que tú mencionas existe un importante sector intelectual que ha incursionado en nuestra historiografía nacional. Desde hace algún tiempo, viene cobrando vida entre ellos una reivindicación del autonomismo cubano. Pienso en la obra de Rafael Rojas y Duanel Díaz Infante, por ejemplo. ¿Qué móviles e implicaciones tiene este fenómeno en este momento tan singular que vive nuestro país?

Recuperar para la memoria social la gestión nada despreciable del autonomismo cubano es una labor meritoria que gracias a Dios se está realizando. Será muy importante para el país integrar a su acervo cultural toda la experiencia de ese conjunto amplio de cubanos que en su mayoría aspiraban a la independencia de la Isla, pero por medio de un acomodo gradual para que ella se lograra sin ruptura con la Madre Patria, cuando la conciencia auténticamente cubana fuera realmente todo lo sólida que se requiere para emprender la obra de afianzar un Estado nacional.

Con independencia de toda la crítica que se le pueda hacer al proyecto autonomista, es necesario reconocer que puede aportar al imaginario nacional el pragmatismo, el análisis, la capacidad de previsión, así como el sentido de maduración y de gradualidad que aún nos puede faltar -por sólo mencionar algunas de sus posibles contribuciones-.

Pienso que este debe ser el móvil de quienes han emprendido esta faena. Algunos opinan de manera diferente, ven en dicha labor un empeño de deslegitimar el proyecto de emancipación inmediata, enarbolado por los patriotas que nos concedieron la existencia de un Estado nacional independiente, con el objetivo

de excluir en un mañana a éstos últimos del imaginario cubano. Eso, en mi opinión, sería poco inteligente, pues el futuro de Cuba necesita de la integración de todos sus proyectos de nación (no de más exclusiones) y porque además sería ridículo pretender sustituir a quienes se impusieron en la historia por otros que fueron desplazados en el quehacer histórico –por mucho que puedan aportar al imaginario nacional-.

- Anteriormente me decías que “lo norteamericano” cobrará en el futuro un peso importante como factor de influencia en el país. ¿Ese influjo de lo norteamericano como elemento constitutivo de lo cubano constituye una novedad en nuestra historia?

Ha estado presente, tal vez de diferentes maneras, desde el siglo XIX cubano. Los norteamericanos invirtieron en Cuba e influyeron culturalmente en una proporción aprecia-

ble. Lo moderno comenzó a entrar en el país por mediación de Estados Unidos. Incluso, allá iban muchos cubanos a estudiar y también fue numerosa la emigración una vez iniciadas las guerras de independencia, lo cual influyó muchísimo en la manera de los emigrantes contemplar la nación que construían.

Una vez lograda la independencia aumentó el influjo norteamericano en la Isla, pues –Enmienda Platt aparte- fue decisiva su participación en la reconstrucción económica y civil de Cuba. Apoyaron en sectores que –como la educación, la construcción, los servicios, la producción azucarera y la economía en general- otorgaron a Estados Unidos una influencia notable sobre la cultura, que hasta cierto punto fue positiva.

Sin embargo, ello también tuvo su saldo negativo. Fue desmedido, y en muchos casos mal manejado, el poder político que adquirieron so-

bre la Isla. Igualmente fue dañino el oportunismo de muchos norteamericanos, entre ellos grandes magnates, que intentaron hacer de Cuba un territorio donde poder realizar prácticas corruptas que en su país no podían emprender, para lo cual –y esto es más lamentable- obtuvieron la aceptación de muchos nacionales dispuestos a corromperse y el respaldo de autoridades importantes de la Isla.

Todo lo anterior fue quebrado con el triunfo de la Revolución el 1° de enero de 1959. Sin embargo, la influencia norteamericana no ha cesado a pesar de la ruptura entre los dos Estados.

Las autoridades cubanas, una vez desatada la batalla entre las dos Estados, lucha que, en gran medida, se ha constituido en elemento esencial y condicionante de toda la política nacional, comenzaron a esgrimir el argumento de que en Estados Unidos está la causa de todo fracaso interno. De esta manera Estados Unidos se comenzaba a reafirmar, en la psicología de muchos cubanos, como el vecino potente, capaz de decidir nuestro futuro y por otra parte empezaba a ser visto, también, como el país, indudablemente próspero, que estaba dispuesto a recibirlos cuando emigran del país en busca de una vida mejor.

Las buenas oportunidades que encontraron los cubanos al llegar a Estados Unidos les deparó, en muchos casos, éxito social y económico y, como consecuencia, creció dentro de la Isla –mientras aumentaba el deterioro en la economía y en otros ámbitos de la vida social- el estímulo a emigrar.

Los pequeños y los más jóvenes fueron creciendo y constituyeron familias, y estos a su vez tienen o tendrán los suyos. Como resultado, actualmente existe un número elevado de cubanos que residen en Estados Unidos de América y otra buena cantidad de norteamericanos que son familia de nosotros, los cubanos. Hoy, como nunca, lazos san-



La clase política cubana posee una buena formación profesional y cierta experiencia en el manejo de la política. Sin embargo, las circunstancias históricas la han reducido a un quehacer y a una metodología, capaz de privarla de la experiencia de una dinámica diversa, amplia y creadora que será imprescindible para emprender semejante tarea.

guíneos acercan las dos naciones; y a esto hay que sumarle la dependencia económica, pues desde allá los cubanos envían una buena parte del sustento material de los que viven aquí, y sobre todo una sustancial suma de dinero que constituye, según algunos especialistas, una de las principales fuentes de ingreso del Estado cubano.

Para comprender la influencia de lo norteamericano en Cuba, tanto positiva como negativa, recomiendo el estudio del libro *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, de Louis A. Pérez Jr. (cubano de la diáspora), publicado en La Habana, por la editorial Ciencias Sociales, en el año 2006.

- ¿Esto podría poner en peligro la independencia nacional, la soberanía del país?

Por supuesto que sí. Una relación estrecha entre lo norteamericano y lo cubano podría culminar en un proceso de norteamericanización de la Isla, con un poder desmedido por parte de Estados Unidos sobre Cuba, y en el peor de los casos hasta podrían potenciarse proyectos de anexión. Sin embargo, nada de esto tiene por qué ocurrir forzosamente. Puede haber una relación normal, donde cada uno ejerza influencia sobre el otro, para lograr así una mayor interrelación y conocimiento, capaz de encauzar una armonía justa, desde el respeto absoluto a la soberanía del otro.

La relación entre lo norteamericano y lo cubano se dará en el futuro próximo, más allá de la voluntad de cualquiera; ahora, ello terminará en una norteamericanización de la Isla, en un poder desmedido por parte de Estados Unidos sobre Cuba, o en una posible anexión, sólo si los actores cubanos no actúan de manera responsable, pues la cultura cubana es lo suficientemente sólida como para convivir estrechamente con otras sin perecer -todo lo contrario, aportando a ellas-. Y esto lo podemos apreciar muy bien en la emigración cubana dispersa por el mundo, que acoge

elementos de las culturas extranjeras, pero conserva y defiende siempre su identidad cultural.

La cuestión sería precisamente potenciar al máximo esa soberanía del país, la cual se logra de forma verdadera sólo cuando se garantiza y promueve la cuota de soberanía de cada ciudadano, así como cuando se encausa el esfuerzo común en favor del desarrollo de la cultura cubana, de la identidad nacional y de la forja de una sólida conciencia colectiva.

Cuba está condenada a vivir en la tensión entre el anhelo de tomar todo lo positivo del mundo y en especial de Estados Unidos (por su cercanía geográfica, por su influencia económico-cultural y por el poder que posee), y el esfuerzo justo de conservar su independencia nacional. La cuestión de la independencia nacional no se resolverá intentando dar la espalda a esta tensión, pues eso redundaría en un empobrecimiento nacional, sino en aprender a vivir con ella, es más, en aprender a beneficiarse de tal tensión.

-¿Cómo encauzar una gestión que redunde en el fortalecimiento de la soberanía nacional, sin que se resquebraje la independencia del país?

Será necesario, como ya dije, desencadenar un proceso nacional de recuperación de la memoria histórica, con el propósito de facilitar la apropiación de la experiencia nacional, así como los referentes que ofrece el quehacer fundante de varias generaciones de cubanos.

Igualmente, será imprescindible potenciar la gestación de una conciencia colectiva sólida. Y para ello se hará forzoso desplegar todos los posibles espacios sociales, económicos, culturales y políticos, para que los cubanos, en el ejercicio de su soberanía, generen y encausen ese conjunto de alicientes comunes, capaz de enamorar y cohesionar a la generalidad en función del acontecer nacional. Pero para lograrlo, tendremos, todos, que aportar nuestro esfuerzo.

Es preciso pedirle al Gobierno (entidad pública que tiene la función de estar al servicio de la comunidad ciudadana, al servicio de los intereses sociales) que facilite esos espacios sociales, económicos, culturales y políticos; que facilite la integración de los emigrantes en el acontecer del país -por solo mencionar algunas de las posibles demandas-.

Sin embargo, -quiero aclarar- al Gobierno le será muy difícil ofrecer todos esos espacios y proponerse la integración de los emigrados, si antes no se genera un clima de libertad y responsabilidad, de transparencia y bondad. Es imprescindible que en la nación (ya sea por parte de toda la diversidad que reside en la Isla como por parte de la que está radicada en el exterior) germine una atmósfera de confianza y fraternidad.

Alcanzar esto último no es una responsabilidad única del Gobierno y de otras entidades del Estado. Los poderes públicos podrán contribuir, pero dicha empresa ha de ser una responsabilidad primigenia de la sociedad civil cubana, tanto de la Isla como de la diáspora.

Es cierto que la sociedad civil cubana es muy frágil para emprender tal obra. No obstante, por ello no deja ser una responsabilidad esencialmente suya. En tal sentido, la cuestión demanda del activismo de los más capaces y por supuesto de la contribución del Gobierno y del Estado; sino toda gestión puede convertirse en estéril. Si el Estado no acoge y aprovecha el resultado del dinamismo de los diversos actores que se movilizan en función del fortalecimiento de la nación, de su conciencia colectiva, y garantiza los espacios para ensanchar ese quehacer, todo esfuerzo podría resultar en vano, y entonces estaríamos ante un posible descalabro nacional.

